

No sé inventar historias

un monólogo para casting de Marc Egea

Pedro está reunido con un escritor. Pedro es un ‘negro literario’. O al menos eso dice.

Pedro: Calidad, de sobras; lo único que pasa es que no sé inventar historias. Pero calidad, de sobras. Sólo tiene que decirme qué quiere que le escriba y yo se lo escribo. No necesito que me diga mucho, tranquilo, sólo... un esbozo de historia, aunque sea poca cosa. Mire, por ejemplo –se lo cuento–, hace años me vino un escritor muy famoso y –muy famoso ahora, entonces no lo era– y me dijo –no puedo decirle el nombre por discreción, claro, entiéndalo–, y me dijo: “Necesito que me escribas una novela”. Y yo: “Vale”. “Pero una novela, buena, buena, eh, que quiero que sea mi primer gran pelotazo”. Y yo: “Venga”. Y él: “Mira, la historia es esta: un hombre está delante de un pelotón de fusilamiento y de repente le da por acordarse de la primera vez que vio el hielo”. Y yo: “Joder. Bueno. Vale. Y le escribí la novela”. Luego, más tarde, un amigo suyo –del tío este– se enteró de que yo se había escrito la novela esa y me llamó –él también era escritor– y me dijo: “No te has currado mucho los nombres de los personajes de la novela pero... es buena, es buena”. Y yo: “Es que no sé inventar nombres, no sé inventar historias pero, calidad, de sobras. Sólo tiene que decirme qué quiere que le escriba y yo se lo escribo. No necesito que me diga mucho, tranquilo, sólo... un esbozo de historia, aunque sea poca cosa”. “Pues, apunta”, me dijo. Me contó lo que quería que le escribiera y se lo escribí. Y me dijo: «Y a partir de ahora sólo escribirás para mí». Tenía mucho dinero. Y yo: «Vale». Lo que pasa es que el otro escritor me necesitaba –cuando se empieza no se puede dejar, es como la droga, dependencia– y me pidió que le escribiera otra novela, en secreto. Y yo: “Buuueno. Vale”. Y me cuenta: “Ésta va sobre un tío». «Sí, qué». «Lo matan». «¿Lo matan?» «Así, de repente, nada más empezar, sin intriga». Y yo: «¿Ya está?» «Ya está». Y yo: «Hombre, dame más información». “Bueno. El día que lo matan se levanta a las cinco de la mañana.” Y yo: “Joder. Bueno. Vale”. –Que manía con matar, ¿no?– Y le escribí la novela. En secreto. Pero el otro escritor se enteró. El del dinero. Y... qué mal se lo tomó. Fue a buscar a éste y le arreó un puñetazo... Dejaron de ser amigos. No se han hablado durante años. Y yo en medio de los dos porque les he seguido escribiendo a los dos. Es que cuando se empieza no se puede parar. Ellos me llaman, me dicen: “La historia es esta”, y yo les escribo la novela. Me avanzan el dinero y ya está. Así que tranquilo. Confie en mí. Calidad, de sobras. Sólo tiene que darme una historia –no hace falta que sea mucho– porque, yo, no sé inventar historias...